

Rutina

No pretendo idealizar un recuerdo, hacerlo falso, potenciar sus sutilezas. Tampoco acudir a mi imaginación. Bien podría describir lo sublime de haberme encontrado con el amanecer, un día, al caminar a través de un sendero empedrado, en cuya ocasión, la Mujer Dormida se interponía entre el alba y mis pupilas –quizá lo hacía por celos o simplemente porque estaba cansada–. También podría imaginar los sentires que provocaría el hallazgo de una presencia artificial en medio de frondas y vastedades vegetales, de la cual parecería nacer un torrente ruidoso, cayendo, espumando y siguiendo su curso. O describir cuidadosamente las sensaciones que surgen al recordar estar situada justo al frente de ese mar infinito, cuya presencia es la única que tiene derecho a reclamar adjetivarse de azul... Sin embargo todo sería un engaño... Intentaré, entonces, describir aquello que puedo ver, asir, respirar, en este momento, en este, mi espacio. ¿De qué se trata mi existencia ordinaria? Podría comenzar atisbando mi espacio existencial. Desorden, eso veo; además de polvo por doquier. Improvisación. Sí, podría describir mi entorno con esa palabra. Delante de mí, un restirador que ha dejado de serlo para convertirse en escritorio; a mi derecha, un escritorio donde ya no escribo pero que sostiene mis tesoros más preciados: Paz, Pellicer, Cervantes, Nietzsche, Hesse, Rulfo, Yáñez, Márquez, Kafka, Verne, Cortázar, y más recientemente, Heidegger – por mencionar algunos–; y en un anaquel más abajo, Eisenstein, Kubrik, Herzog, Kurosawa, Tarkovsky, Tarr e incluso Von Trier. Todos aguardando por mí y conversando entre ellos, como buenos amigos. A mi espalda, mi cama; a mi izquierda, un espejo; delante, un cuadro de olas rompiendo en la costa, además de un ropero. Hojas y cuadernos por doquier, guardando palabras que he olvidado, han sido escritas por mí... Y custodiando todo ello, cuatro muros altos –tres blancos y uno verde brillante–, una lámpara colgante, una puerta y una ventana. Una ventana. Sí, quizá de vidrios sucios, salpicados –ha llovido mucho estos días– pero siendo lo único que me transporta al exterior, que me recuerda que existe una realidad allá afuera. El cielo. Eso es lo único que veo, pero no es poco. Veo a veces las nubes,

las aves, o el simple azul distorsionado de la bóveda celeste. Generalmente puedo ver algún astro antes de dormir, pero debe ser muy brillante, pues de fuera sigue filtrándose la luz artificial que opaca la de las estrellas. Y lo mejor es que, sin esperarla, Selene viene a visitarme. A veces me halla dormida, pero cuando nos encontramos, se queda por un momento a escuchar lo que tenga que decirle, sea lo que sea. No dudo que me conozca, e incluso que sea de su agrado, quizá por eso siempre vuelve. La he visto fulgurante, cabizbaja o temerosa, pero siempre bella y solidaria... Aun sin confiar en los recuerdos, puedo recordar un par de ocasiones en que pude sentir su sentir. Una de esas noches, no sólo compartíamos palabras, también nuestra nostalgia y nuestra sensación de soledad. Recuerdo que estaba esplendorosa. Sé que ella no quería abandonarme, pero, al igual que yo, su prisa, sus deberes y su rutina le impidieron frenar su ritmo; luego de intentar seguirla con mi mirada, forzando la postura sobre mi cama, ella siguió su camino y desapareció de mi ventana. Yo tuve que cerrar mis ojos para despertar al día siguiente y, como ella, continuar con mi vida cotidiana.

Ciudad de México, junio 2017

Viviana Catalina Benítez Jiménez

Arquitecta por la Universidad Nacional Autónoma de México en 2015, estudiante de Maestría en Arquitectura en el Programa de Maestría y Doctorado de Arquitectura de la

UNAM

vicabeji@gmail.com